

H MADRID

Número 82 / 5,95 euros

JULIO/AGOSTO 2019

HISTÓRICO

**EL ARROYO DE
LA CASTELLANA**

**PASEOS POR
EL MADRID MUSICAL**



**EL ESCORIAL A OJOS DE
VISITANTES EXTRANJEROS
EL MADRID DE PARCERISA**

DOSIER:

El barrio de las Letras y las mujeres





Estatua de Lorca en la plaza de Santa Ana.

LORCA EN MADRID

M. Fátima DE LA FUENTE DEL MORAL

Presidenta de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

Fotografía: Javier MAESO

Inicios del siglo XX. Faltan seis años para que en París nazca el estilo *art déco*. El cubismo se pone de moda y el *jazz* aparece en escena. Madrid, que también quiere colocarse en la estela de esa nueva modernidad, decide lavarse la cara. Empieza a construirse el Metro. Antonio Palacios y Joaquín Otamendi levantan el Palacio de Comunicaciones. Es entonces cuando Lorca pone un pie en Madrid. La huella de Lorca en nuestra ciudad está presente en la Residencia de Estudiantes, en el hotel Palace, en el Círculo de Bellas Artes, en el Teatro Es-lava, en el Café Gijón, en la plaza de Santa Ana o en la calle de Alcalá, entre otros lugares. En este artículo presentamos cómo fue su paso por Madrid cuando se cumplen cien años de su llegada a la capital.

Año de 1919. En Berlín acaba de nacer la Bauhaus. Sus diseños funcionales y simples, sus cuartos diáfanos y prácticamente desnudos se presentan casi subversivos frente a los gustos burgueses de la época. Faltan seis años para que en París se celebre la Exposición Internacional

de las Bellas Artes donde nacerá el estilo *art déco*. Por primera vez en la escena contemporánea, la decoración se vuelve futurista e incorpora rayos y hasta zigzags que recuerdan una síntesis de descargas eléctricas. A través de ella, la realidad se *geometriza* y los planos se segmentan.



Estampa del Madrid en que vivió Lorca. La Gran Vía en 1928.
Foto de Emmy Klimsch.

El cubismo se pone de moda y el *jazz* aparece en escena. Las mujeres se cortan el pelo, aligeran su figura, se matriculan en la universidad, trabajan y además fuman en boquillas extralargas.

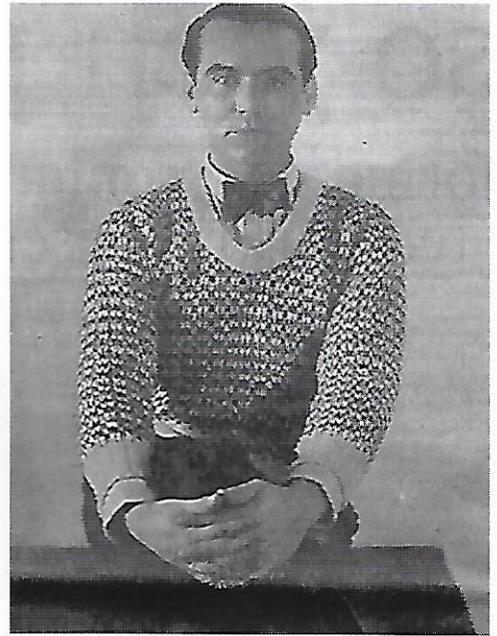
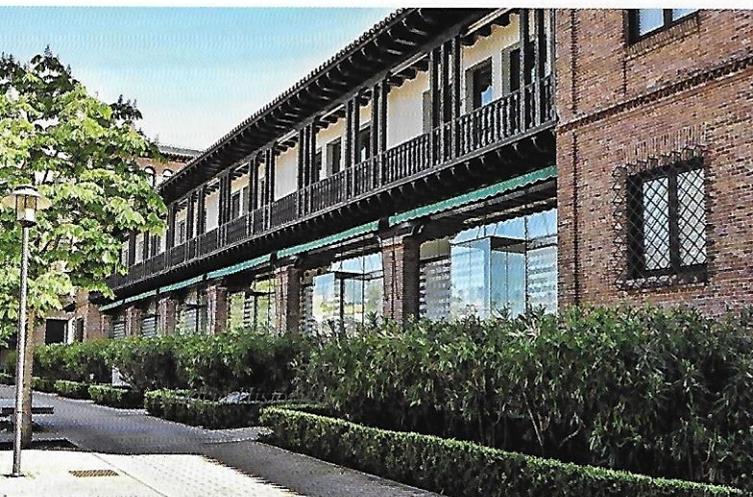
Madrid se lava la cara

Madrid, que también quiere colocarse en la estela de esa nueva modernidad que ya se propaga por el mundo, decide lavarse la cara. La compañía Metropolitano Alfonso III da paso a una nueva forma de transporte urbano que llevará a los madrileños de una punta a otra de la ciudad por debajo de la tierra. Antonio Palacios y Joaquín Otamendi están construyendo el Palacio de Comunicaciones en un soberbio estilo ecléctico. Sus águilas bicéfalas y los pináculos que coronan el edificio dejan claro que el afán de experimentación y de búsqueda de lo nuevo que todos aparentan tener puede seguir siendo fiel a lo tradicional, pese a que se reinterpretan las tradiciones.

Lorca llega a nuestra ciudad

El mundo ya sabe lo que es una Gran Guerra. Todos necesitan olvidar el horror y los traumas. No faltan tantos años para que estallen la Gran Depresión, una nueva

Residencia de estudiantes. Calle Pinar.



Una imagen del joven Lorca.

guerra mundial y para que el auge de los regímenes totalitarios triunfe en Europa. Así que el deseo de evasión, las ansias de escapismo y las ganas por disfrutar de nuevos aires están más que presentes en la sociedad del momento. Los usos sociales y las pautas de comportamiento se relajan. Poco a poco, la moral se va tornando más libre y la gente se lanza a disfrutar de la vida. Es entonces cuando Lorca pone un pie en Madrid.

Un joven Federico de veintinueve años llega a nuestra ciudad desde su Granada natal, con el objetivo de completar sus estudios. Ya había cursado Filosofía y Letras, además de Derecho, en la Universidad de Granada. Pero quiere más. Su madre, maestra de escuela, le había transmitido desde niño el amor por la literatura. Sólo hizo falta que Fernando de los Ríos apareciese en escena para que Lorca se colocara en el lugar que impulsaría todo su genio. Fernando de los Ríos había sido su profesor en la Universidad de Granada y tenía claro que Madrid contaba con el mejor ambiente donde este joven multiplicador de belleza podría aprender a expresarse y a canalizar la magia que ya brotaba de sus manos. Los padres de García Lorca, de posición económica desahogada, se convencen de que lo mejor para un joven del talento de su hijo era establecerse en Madrid. Y deciden mandarlo a la Residencia de Estudiantes.

Habitación de Lorca en la Residencia de Estudiantes.



La Residencia de Estudiantes

La Residencia de Estudiantes era producto de las ideas krausistas que conformaban la razón de ser de la Institución Libre de Enseñanza. El fundador de esta, Francisco Giner de los Ríos, era tío de Fernando de los Ríos. Así que este último sabía muy bien lo que hacía aconsejando a Lorca que se introdujese en este espacio de modernidad científica y educativa. Cuando uno sube en primavera al lugar que hoy ocupa la Residencia de Estudiantes, en la calle Pinar, es fácil que imagine lo que nuestro joven Federico sintió al verse rodeado de luz y de las mejores instalaciones y adelantos con los que poder dar rienda suelta a su creatividad.

Así que Lorca se instala en la Residencia de Estudiantes. Aquí, en la «colina de los chopos», como Juan Ramón Jiménez llamaba a este emplazamiento, se viene a pensar. Se trata de un hervidero intelectual donde se pronuncian conferencias, se montan exposiciones, se organizan tertulias y se invita a comer a personas de la talla de Howard Carter, Le Corbusier, John Maynard Keynes, Marie Curie o Albert Einstein en un ambiente de casi absoluta libertad.

La amistad con Dalí y con Buñuel

Aunque lo que Lorca quiere es triunfar en el mundo literario, también sabe de música. Como los conciertos y las veladas musicales son habituales en la Residencia de Estudiantes, Federico deleita al público al frente de un piano de cola.

Allí conocerá a nuevos amigos, entre los que encontramos a Luis Buñuel o a Salvador Dalí. Esta amistad resultará en un estallido de creatividad, que en ocasiones se manifestará en un tono descarado y provocador. Los tres jóvenes solían salir a pasear por nuestras calles cogidos del brazo. Con frecuencia, pasaban la tarde en el bar del hotel Palace, donde gastaban un dinero que no tenían. Un día, viendo que ya no les quedaba nada en los bolsillos y que Buñuel tenía que viajar a Zaragoza, decidieron pedir al camarero un pedazo de papel en el que poder encomendarse a la generosidad del dramaturgo Claudio de la Torre, que era amigo suyo. Federico García Lorca escribió una carta a de la Torre. En ella le solicitaron un pequeño préstamo que se comprometían a devolverle en un plazo de cinco días. Para compensarle por aquel sablazo, Dalí dibujó un arlequín que fumaba y tocaba el violín. Lorca, por su parte, improvisó este poema:

Alfonso doce de plata
rueda en la moneda blanca
de corcho y hoja de lata,
mi cuerno de la abundancia.
Me gasté en el bar del Palace
¡mis monedillas de agua!

Lorca también entablará amistad con el pintor Benjamín Palencia. Este, desde París, le escribe una postal en 1927 en la que dice: «No te puedes imaginar lo interesante que es esto. He visto mucha pintura moderna y entre todo Picasso, Matisse, Derain y Braque son los que más



Lorca y Dalí.

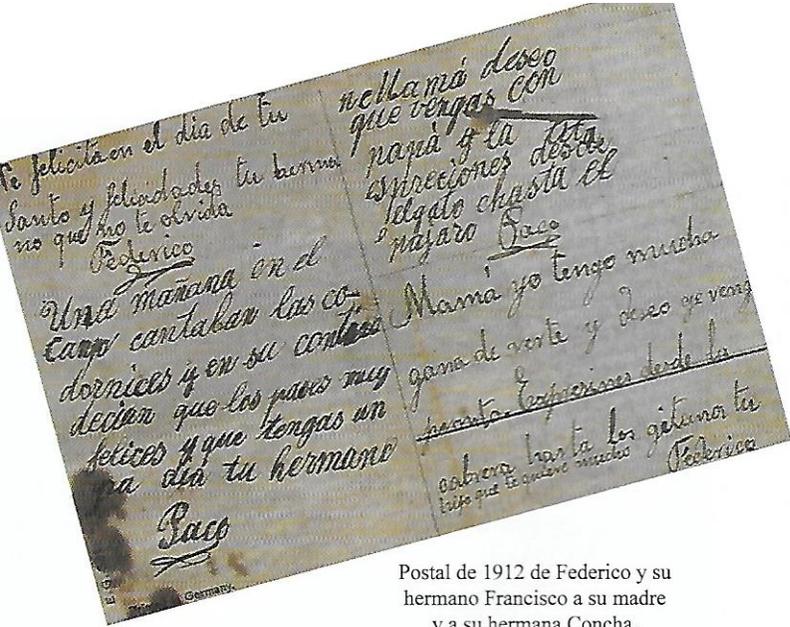
me han gustado». Quedaba claro que nuestro poeta estaba inmerso en una atmósfera de creación compuesta por jóvenes que soñaban con cambiar el mundo.

Cortijos y rascacielos

Alejado del tedioso ambiente cultural provinciano que tan bien conoce y rodeado por todas partes de libertad y de creatividad, Federico es capaz de sacar de sí mismo su genio artístico. No para de escribir. Como él mismo expresaría, en Madrid se sentía «encendido como una rosa de cien hojas». Mientras que la tierra que lo vio nacer provocaba que dijera: «Yo me ahogo. Este ambiente provinciano terrible y vacío llena mi corazón de telarañas». Y es que en la época en que García Lorca vive no todo es modernidad, Bauhaus, *art déco* y un ambiente intelectual libre y permisivo. Pese que los rascacielos empiezan a estar presentes en la escena urbana madrileña, aún queda mucho cortijo en la sociedad española. El arquitecto Carlos Martínez Shaw, haciendo referencia a esta falta de asimilación de las nuevas corrientes vanguardistas por parte de los sectores más tradicionalistas, crea una revista titulada, precisamente, *Cortijos y Rascacielos*. Lorca, por su parte, retratará magistralmente esa España oscura y opresiva en obras como *La casa de Bernarda Alba*.

«Un amor erótico y trágico»

El joven Lorca viaja y envía postales a su familia desde lugares diversos. Pasa una Semana Santa en Cadaqués, al lado de Dalí. Este se mostrará así de apasionado en las cartas que remite en verano de 1928 al poeta granadino: «Tú eres una borrasca cristiana y necesitas de mi paganismo [...] yo iré a buscarte para hacerte una cura de mar. Será invierno y encenderemos la lumbre. Las pobres bes-



Postal de 1912 de Federico y su hermano Francisco a su madre y a su hermana Concha.

tias están ateridas. Tú te acordarás de que eres inventor de cosas maravillosas y viviremos juntos con una máquina de retratar». Años más tarde, en 1986, Dalí reconocerá que, sabiéndose atractivo a ojos de Lorca, aprovechó para jugar con sus sentimientos. De su relación con el poeta granadino, el pintor dirá que se trató de «un amor erótico y trágico, por el hecho de no poder compartirlo».

Poeta en Nueva York

Pero al margen de amores no correspondidos, la vida de Federico sigue adelante. Un día su buen amigo Fernando de los Ríos, a punto de realizar una estancia académica en la Universidad de Columbia, le plantea que lo acompañe. De nuevo convencen a la familia del poeta y viajan juntos a Nueva York en el transatlántico Olimpia. Lorca pasará nueve meses en la capital de los rascacielos. De la sociedad que allí se encuentra le molestará el trato que se da a los negros. Al mismo tiempo, le sorprende que el capitalismo esté tan intrincado en la sociedad. Echa en falta que la población neoyorquina no tenga las raíces que están presentes en Europa. De ella dice que «han levantado casas y casas, pero no han ahondado en la tierra». Quizá le parezca entonces que la era de la máquina en la que le ha tocado vivir no trata como debe al ser humano, dado que escribe: «la esclavitud dolorosa de hombre y máquina juntos». Tanta modernidad en sus construcciones lo desborda y termina denominando Nueva York como «geometría y angustia».

Lorca y el Círculo de Bellas Artes

Así que no le convence Le Corbusier cuando dice: «Siempre he dicho a los que la temen que la geometría es ardiente». De hecho, no le gustan las vanguardias que empiezan a estar presentes en la arquitectura madrileña de la época. Estas se hallan protagonizadas, en gran medida, por la obra de Antonio Palacios. Al edificio del Círculo de Bellas Artes, proyectado por Palacios y Otamendi, le dedicará un poema titulado «Soneto al eximio arquitecto Palacios, autor del portentoso edificio del Círculo de Bellas Artes, que tiene la admirable propiedad de mantenerse todo sobre una pequeña columna» y que firma con el seudónimo de Isidoro Capdepon. Dice así:

¡Oh, qué bello edificio! ¡Qué portento!
¡Qué grandeza! ¡Qué estilo! ¡Qué armonía!
¡Qué masa de blancura al firmamento
para hacer competencia con el día!

La ciencia con el arte aquí se alía
en tanta perfección, según yo siento,
que en aqueste soneto sólo intento
a mil enhorabuenas dar la mía.

En Guatemala existe un edificio
de menor importancia, en mi concepto,
y no obstante tuvieron el buen juicio
de nombrar general al arquitecto.

Mas en Madrid yo no he encontrado indicio
de que piensen honrar a tu intelecto.
Ya lo sabes, Palacios, ¡gran patricio!,
que a Babilonia antigua has resurrecto.

Su primera obra de teatro en Madrid

La primera obra de teatro que Lorca estrenó en la capital fue *Llanto por Ignacio Sánchez Mejía*. Lo hizo en el Teatro Eslava, en plena calle Arenal. La huella de Lorca está presente en otros lugares de Madrid, ya que, al igual que otros intelectuales de su tiempo, frecuentó cafés como el Gijón. Sabemos que un día se personó en el número cinco de la plaza de Tirso de Molina. Allí pasó Valle-Inclán la que fue su última etapa en nuestra ciudad. El escritor, ya separado de la actriz Josefina Blanco y enfermo de cáncer de vejiga, estaba a punto de abandonar esta vivienda para ir a morir a su tierra, Santiago de Compostela. Como despedida, sus amigos querían ofrecerle un banquete en el restaurante de Los Burgaleses, que por entonces se encontraba en el número 8 de la calle del Príncipe. Corría el año 1935 y el encargado de hacerle el ofrecimiento fue el mismísimo Federico.

«... queremos que sepas lo vivo que estás»

Dado el gran éxito que García Lorca cosechó, pudo adquirir una vivienda elegante, señorial y bien situada, en la séptima planta del número 96 de la calle de Alcalá. De ella salió un 13 de julio de 1936 para dirigirse a la estación de Atocha. Un tren lo llevaría a su tierra, donde quiso acudir para reunirse con su familia en un momento en que la violencia y la intolerancia empezaban a estar más que presentes en aquel Madrid que acompañó al estallido y desarrollo de su creación artística. Precisamente en su Granada natal, un mes más tarde y en los albores de la guerra civil española, Lorca moría, acibillado a balazos. Acercarse a la plaza de Santa Ana para ver la estatua en la que un pajarillo simboliza la magia saliendo de sus manos y tenerlo presente cuando se cumplen cien años de su llegada a Madrid es como decirle: «Federico: queremos que sepas lo vivo que estás». ■